

DON ANTONIO, CATEDRÁTICO EN SEGOVIA

Don Antonio Machado llegó a Segovia en 1919, como catedrático de francés del Instituto de Segunda Enseñanza. Este, que era entonces el único en su clase de la ciudad, estaba instalado en un amplio caserón destartado, inmediato a la Academia de Artillería, de la que le separaba —y le separa— una calle que parte en dos los primeros arcos del Acueducto famoso. En torno al ya entonces ilustre poeta se concertó pronto una diaria tertulia de sobremesa en el desaparecido café de «La Unión», en la que participaban mis tíos Juan de Cáceres y Julián Otero, y otros jóvenes hermanados con ellos en la vocación literaria. De tales tertulias han escrito, entre otros, Alfredo Marquerié, el gran periodista no hace mucho desaparecido en trágico accidente y que en recientes memorias nos ha dejado una vivaz estampa del Machado segoviano que él frecuentó, y Mariano Grau, erudito investigador de la densa historia local, que ha enriquecido y sigue enriqueciendo con amoroso talento. Uno y otro eran asiduos acompañantes del poeta no sólo en las sobremesas de «La Unión», que don Antonio amenizaba con humor e ingenio, sino también en largas paseatas por los alrededores de la vieja ciudad.

Mis recuerdos personales sobre don Antonio, que más tarde habría de enriquecer con estas y otras referencias, son aisladas vivencias infantiles, entre las que destaca muy clara la estampa escasamente decorativa —«ya conocéis mi torpe aliño indumentario»— del poeta bajando a diario con lento e inseguro caminar por la plaza de San Esteban, donde nosotros vivíamos, camino de su más que modesta pensión de la calle de los Desamparados, que hoy se conserva con veneración de museo en su franciscana sencillez. Tenía, por lo visto, una especial habilidad para concitar manchas sobre su traje, indeciblemente descuidado. Parece que estoy viendo los puños de su camisa, de blancura más bien dudosa, cerrados por unas cintas negras, a guisa de gemelos.

La benevolencia de don Antonio como catedrático fue bien pronto sabida de los bachilleres en ciernes y cuando, años más tarde, hube de examinarme con él como alumno libre de los dos años de francés que incluía el plan Silió entonces vigente, estoy seguro de haberlo hecho, al igual que mis compañeros de curso, sin el más leve temor. Me parece incluso que aprobé con buena nota. Y lo digo sin la menor vanidad, ya que era preciso un

especialísimo desconocimiento de la asignatura para que don Antonio negase el aprobado, e incluso el notable o el sobresaliente, a poco desenvuelto que se mostrase uno en el examen. Si bien a veces se oía la suave protesta del bondadoso catedrático —«¡pero hijo!», «¡vamos, vamos!»— ante el tenaz silencio, cuando no por las disparatadas respuestas del preguntado.

Como es cosa corriente en nuestro país, a medio bachillerato hube de seguir un nuevo plan de estudios, y ello y el estar los últimos años matriculado como alumno oficial, me deparó la grata experiencia de ser alumno de Machado en una asignatura de nueva creación que le fue encomendada provisionalmente y que creo se llamaba «Literatura comparada». Por alguna razón que no recuerdo, y que no me atrevo a suponer fuese otra modificación del asendereado bachillerato, no seguimos el curso completo, pero tengo muy viva memoria del amable interés con que Machado se esforzó en aquellas clases por hacernos comprensibles y gratas sus explicaciones, que ilustraba con oportunas lecturas y explicaba con voz suave y una cierta titubeante timidez.

Eramos pocos, muy pocos, sus discípulos en esta asignatura que creo pasó fugazmente por nuestros planes de estudios; no llegaríamos a la docena. Ello explica el tono familiar en que se desarrollaban las clases, inimaginable en esta época de la masificación discente. Pasadas las primeras lecciones y con eficaz sentido pedagógico, nos animó a hacer pequeños estudios sobre temas paralelos en las literaturas románicas. A mí me pidió que cotejara semejanzas y contrastes entre el *Cantar de Mio Cid* y la *Chanson de Roland* y, a tal fin, me prestó una pequeña y cuidada edición de la epopeya carolingia que junto a cada página escrita en la versión original, tenía su traducción en francés moderno. Decir que don Antonio acogió con benevolente aprobación lo que escribí no es decir nada, puesto que la amable indulgencia era su norma, e incluso pienso que habría olvidado este episodio de mi juvenil relación con el gran poeta de no haber quedado impresionado por unas reveladoras manchas de grasa que ilustraban las páginas de la *Chanson*. Las manchas eran perfectamente redondas y, en el centro de algunas de ellas, un punto negro daba la clave de su origen: el libro había sido utilizado más de una vez como apagavelas. La humilde instalación eléctrica de la pensión

de la calle de los Desamparados no ofrecía, sin duda, la comodidad precisa para leer en la cama, y el autor de *Juan de Mairena* se alumbraba con una palmaria, cuya vela apagaba, cuando el sueño estaba a punto de vencerle, con ayuda del libro que tenía entre manos. Y sobre las andanzas de Turpín y Ganelon quedaba el testimonio de la maniobra: la huella redonda de la cera y el punto negro del pabito carbonizado.

La presencia de Machado en Segovia duró bastantes años y el grupo de literatos que le rodeaba con admiración afectuosa le insertó en la vida de la ciudad. Con ellos participó en el nacimiento y primeros afanes de la Universidad Popular Segoviana, foco cultural importante durante ya más de me-

dio siglo. Demasiado joven entonces para ver en él otra cosa que el catedrático amable y poco exigente, pienso que mi primera admiración hacia tan extraordinaria figura de nuestras letras me llegaría más que por el directo y pasajero trato con él en las aulas del Instituto, a través de mis parientes y amigos mayores, que con él dialogaban y sabían ya quién era aquel señor de extravagante pergeño que, tras de cumplir con puntualidad durante la semana sus funciones profesoras, emprendía todos los sábados por la tarde el camino de Madrid en un vagón de tercera.

Francisco de CACERES

Blanco y Negro

ANTONIO MACHADO, POETA DE LA INSTITUCION

...unas pocas palabras verdaderas

A. Machado

Si la sombra sagrada del maestro, ¡oh, queridos poetas!, surgiera por fortuna de entre el follaje de ese tejo familiar... os diría también, como Phenix a Aquiles: «Acordaos de cuando erais niños, de cuando vuestro padre, aquí amado de todos, os envió a esta casa —donde yo prediqué siempre el saber sobrio— para aprender dos cosas, las mismas que Aquiles: a decir bellas palabras y a ejecutar nobles hechos».

Era el atardecer de un día apenas invernizo de 1926 y la *Institución Libre de Enseñanza* rendía homenaje a Manuel y a Antonio Machado con estas palabras, tan hermosas, de don Manuel Bartolomé Cossío a sus antiguos discípulos. El jardín de la *Institución* —blancos muros, opacos aligustres, hiedras verdes en el rosado ladrillo toscó— se cubría con sombras largas en el espacio abierto donde el anciano Cossío y un grupo de antiguos alumnos rodeaban a los dos grandes poetas. Manuel, mayor en edad y menos retraído, leyó la elegía de su hermano a don Francisco Giner, presente en el corazón de

todos, mientras el autor del poema permanecía en la actitud que más le caracterizaba: silencioso y emocionado.

La *Institución* siempre tuvo poco dinero; su mobiliario respondía, pues, a una austeridad no solamente querida, sino forzosa, y los pupitres largos de la clase de primaria no complacían a don Francisco, allá, cuando los dos hijos mayores de don Antonio Machado Alvarez, se apoyaron en ellos, por vez primera, durante el curso de 1883 a 1884. Otros niños, hermanos también, ingresaban a la par que ellos: Eduardo y Tomás García del Real. Habíanles precedido Juan Uña Sarthou, José María Garay, Angel do Rego, Pedro Blanco Suárez, Juan Manuel Pedregal, Julián Besteiro... Todos han jugado en la pequeña explanada que los reúne hoy, sombría, y donde su maestro, con tanta devoción, les recuerda las horas de la niñez y el programa pedagógico más antiguo de la historia. En el ambiente hay como un levisimo soplo de la antigua Atica.

Don Antonio Machado Núñez, abuelo de los